



WORLD
OF
WARCRAFT
LEGION

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Mil años de guerra: La historia de Alleria y Turalyon

De Robert Brooks

Primera parte – Dos luces brillantes

Turalyon permaneció solo, contemplando inmóvil y en silencio la muerte de un mundo.

Hacía pocas horas que se había sellado el Portal Oscuro. Draenor se derrumbó. Los continentes se resquebrajaron. Los océanos hirvieron y bulleron. Fragmentos gigantes de tierra se desprendieron y permanecieron en el cielo, suspendidos, girando despacio y negándose a volver a caer. La propia realidad se desentrañaba.

Turalyon estaba tranquilo. No tenía miedo. La Luz le acompañaba. Sí, incluso en ese extraño lugar.

Eso no era Draenor.

Puede que lo pareciese, pero no estaba verdaderamente allí. Sí, las llanuras agrietadas y rojas de la Península del Fuego Infernal se extendían bajo sus pies, pero él no estaba verdaderamente allí. A lo lejos divisaba el primer emplazamiento improvisado de la Alianza —Bastión del Honor— que resistía con obstinación terremotos y temblores.

Y, sin embargo, no estaba verdaderamente allí.

Turalyon *había* estado allí, claro. Hacía tan solo unas horas, había estado allí, luchando por su vida. La Península del Fuego Infernal estaba llena de orcos, soldados de la Alianza, máquinas de guerra destrozadas, cadáveres, armas abandonadas y otros restos de la guerra.

Ya no veía nada de todo eso. No quedaba rastro alguno de batalla. El vacío y la muerte eran todo cuanto le rodeaba. Contemplaba una visión de la destrucción de Draenor, pero... no, *no estaba verdaderamente allí*.

Estaba en otro mundo, en un plano desconocido. El cielo era oscuro, se retorció, lleno de poderes extraños y discordantes. Podía ver mundos enteros suspendidos a lo lejos, aparentemente cerca y asombrosamente lejos. Sentía la Luz entremezclándose con la Sombra. Sentía la colisión de las fuerzas primigenias y descontroladas del caos y del orden, de la vida y de la muerte.

No conocía ese lugar, ni sabía cómo escapar de él. Se mantuvo alerta en busca de un rostro familiar. Khadgar. Danath. Kurdran. Alleria. Se preguntaba si habrían sobrevivido.

Se quedó quieto, al descubierto, permitiendo que la Luz fluyera por él. Tendría paciencia. Sería una baliza para quien hubiera en ese lugar.

El tiempo pasaba y no aparecía nada.

Pero eso no significaba que no lo hubiera. Turalyon sintió que unos ojos le observaban desde el este. Unos ojos malévolos. Las horas pasaban, errantes, pero la sensación de esa mirada depredadora no se desvanecía. Fuera lo que fuera, ansiaba sangre.

Turalyon habló en voz alta para romper el silencio:

—Que venga y sienta el poder de la Luz.

Detrás de él, desde el oeste, le llamó una voz. Era una voz familiar. Había rezado para volver a oírla.

—¡Turalyon! —Él se giró sonriendo. Le había encontrado.

—¿Alleria? Gracias a la Luz...

Se quedó sin aliento. Ella tenía el arco alzado y la flecha le apuntaba al corazón. Disparó. Tras el chasquido de la cuerda del arco, gritó una sola palabra:

—¡Izquierda!

Turalyon no dudó. Se movió a su izquierda. La flecha le pasó rozando. Sintió una brisa en el cuello mientras esta seguía su trayectoria. Trazó un arco en el aire para clavarse en el suelo a gran distancia. Turalyon observó cómo se incrustaba en la tierra rojiza.

Alleria Brisaveloz se acercó a él despacio mientras sacaba otra flecha. Mantuvo el arco bajo, apuntando al suelo. Giraba la cabeza y miraba en todas direcciones en busca de un objetivo:

—Lo siento. Quería decir *mi* izquierda.

Turalyon miró hacia la flecha.

—¿Ponías a prueba mis reflejos o es que habías visto algo?

—Había visto algo.

—Aunque tampoco me hubiera importado ponerte a prueba a ti. Pero si quieres, te tiro mi escudo.

Por un instante, Alleria esbozó una sonrisa.

—Quizá luego.

Observó el suelo en la zona en la que antes estuvo Turalyon.

—Huellas —dijo señalando hacia abajo.

Turalyon vio las marcas de sus botas sobre la tierra seca. Pero también descubrió una tercera marca, leve, quizá un paso más lejos. Algo había estado detrás de él... No, se

había girado en el último momento, así que había estado *delante* de él y no lo había visto.

—¿Qué era?

Alleria siguió alerta, escrutando el panorama frente a ella.

—Vi algo brillante. Al girarte, tomó forma. No sé qué era, pero huyó antes de que le alcanzase mi flecha.

—¿Un orco, quizás? Los brujos de Ner'zhul podrían haber venido hasta aquí.

—No era un orco —dijo Alleria con rotundidad.

—Deberíamos recuperar tu flecha.

Alleria lo miró.

—Esto no es Draenor. ¿Sabes cómo salir de aquí?

—No y no —dijo él.

—Entonces, más vale que conservemos nuestros recursos.

La flecha había aterrizado unos cien pasos más allá. Caminaron juntos hasta allí en silencio.

Turalyon tenía el martillo en la mano, pero sentía un júbilo contenido: ella *le había encontrado*. La batalla en el Portal Oscuro había sido cruenta, muy distinta de otras que había vivido. Había luchado contra la Horda en dos mundos distintos, pero nunca los había visto *desesperados*. En el Templo Oscuro, Ner'zhul, su jefe de guerra, había usado instrumentos de poder de Azeroth para crear puentes a nuevos mundos, pero sus hechizos se descontrolaron. Y por todo Draenor comenzaron a abrirse y a cerrarse fallas que rasgaban la fuente misma de la existencia. Azeroth había sido la única vía de escape.

Pero la destrucción atravesó el Portal Oscuro y puso al propio Azeroth en peligro.

La expedición de la Alianza se apresuró a protegerlo. Alleria y Turalyon lucharon hombro con hombro para frenar las oleadas de orcos aterrorizados y así ganar tiempo para que Khadgar sellase la falla entre ambos mundos, aunque sabían que ellos también quedarían encerrados en un mundo moribundo. En mitad del caos, otra falla se abrió cerca de ellos. Se adentraron en ella, convencidos de que *cualquier otro lugar* en el cosmos sería más seguro que ese. Pero acabaron separados.

No había forma de saber el paradero del resto de miembros de la expedición de la Alianza. Quizá siguiesen en Draenor. Quizá estuviesen allí, en ese mismo lugar. Quizá hubieran escapado a algún rincón lejano del universo. Turalyon lo ignoraba.

Pero, al menos, la Luz le había llevado hasta ella.

Alleria recuperó su flecha y la devolvió a su carcaj.

—Creo que alguien nos observa —dijo con una mueca—. Puede que me equivoque. Aquí, mis instintos no me sirven de mucho.

—A mí sí me sirven.

Turalyon había cazado por diversión, pero Alleria era capitana forestal de Lunargenta. Pensaba como un depredador.

—Debería haberlo notado cuando se acercó. Hay mucho poder disperso por aquí... Debo ir con más cuidado. Este es su territorio, esa criatura caza aquí. Me extraña que no haya intentado rematarnos. Yo lo habría hecho.

Alleria dejó el arco a un lado.

—No entiendo este lugar.

—Ni yo —dijo Turalyon—. Pero me has encontrado. Con eso me basta.

Alleria le miró. Y sonrió.

Entonces, le abrazó, y él la estrechó contra su pecho.

—Volveremos a ver a nuestro hijo —susurró.

—Si la Luz quiere.

—La Luz no tiene nada que ver. La expedición de la Alianza era un viaje sin regreso. Todos lo sabíamos y, sin embargo, sentí que volveríamos a encontrarnos con Arator.

Su amor brilló ardoroso, dando calor a sus palabras y al alma de Turalyon. Pero él no compartía su certeza.

—El camino de regreso a Azeroth podría ser largo—dijo él.

—Tenemos tiempo.

—Tú sí.

Alleria levantó la cabeza. Turalyon le mantuvo la mirada. Sabía que le había entendido: los humanos viven poco tiempo. Los elfos de Lunargenta tenían la Fuente del Sol y, por ello, gozaban de una especie de inmortalidad.

—Si la Luz permite que mueras de viejo aquí, me enfadaré muchísimo con ella —dijo Alleria.

Turalyon no pudo reprimir una sonrisa:

—Se lo diré.

—Bien. Quedamos en eso. —Dio un paso atrás, escudriñando el sombrío mundo a su alrededor—. Puede que haya otros atrapados aquí. Deberíamos buscarlos.

Turalyon señaló hacia el este, hacia el Portal Oscuro:

—La batalla fue más sangrienta allí.

Se pusieron en marcha. Draenor —o al menos su reflejo oscuro— seguía quebrándose. Los temblores que sacudían el mundo no les afectaban allí. Los océanos se habían

evaporado y no habían dejado más que un espacio vacío. A lo lejos, las cordilleras flotaban en el aire.

No hacía falta que ni Alleria ni Turalyon lo dijese: de haber fracasado, ese también habría sido el destino de Azeroth.

Pero, con el paso del tiempo, la destrucción se fue atenuando. El continente central del mundo se mantenía de una pieza. ¿Cuántos quedarían de la expedición de la Alianza? ¿Y de la Horda?

Llegaron al extremo oriental de la península. El Portal Oscuro se suspendía sobre ellos. No había ningún ser vivo a la vista. Ni de la Alianza, ni de la Horda.

—Estamos solos —concluyó Turalyon.

Alleria suspiró.

—¿Alguna idea?

Turalyon se sentó con las piernas cruzadas dejando el Portal Oscuro a su espalda. Su pesada armadura entrechocaba mientras buscaba una postura cómoda.

—No. No puedo hacer nada para sacarnos de aquí, así que confiaré en la Luz. —Un círculo luminoso comenzó a radiar a su alrededor. Cerró los ojos y permitió que el poder Sagrado fluyera por él—. El destino nos ha alejado de los demás. Estoy preparado para averiguar la razón.

—Muy bien. Disfruta de la siesta, Turalyon. Yo vigilaré.

Él abrió los ojos ligeramente.

—¿Tu amigo aún nos sigue?

—Sí.

—¿Has vuelto a verlo?

Alleria dudó.

—Ahora lo siento observándonos desde el norte. ¿Tú no?

—Quizás. ¿Cerca del Portal Oscuro?

—Correcto.

Turalyon sí que sentía un atisbo de amenaza proveniente de esa dirección, pero guardaba las distancias, así que volvió a cerrar los ojos.

—Bueno, enciende una hoguera e invita a nuestro visitante. Quizá necesite compañía y...

Un rumor armonioso resonó entre ellos. Turalyon se levantó de un salto y desenfundó su martillo. Alleria se giró, con el arco en alto y la flecha ya preparada. Una Luz cegadora resplandeció desde un círculo en el aire pocos pasos más allá.

Era una falla. Idéntica a la que Turalyon había seguido para llegar hasta allí.

No pudo ver más que una mano a través del resplandor que los instaba a avanzar. Una voz los llamó:

—¡Por aquí, rápido!

Turalyon reaccionó. La falla y la voz tras ella estaban bañadas en Luz.

—Podemos confiar en él —le dijo a Alleria.

Ella le miró y bajó el arco.

—De acuerdo. —Atravesó la falla, y Turalyon la siguió.

Emergieron en un claro, rodeados de árboles medio muertos. La falla se cerró tras ellos. Habían regresado a Draenor, un mundo que seguía retumbando tras su apocalipsis. Y el cielo... Un vistazo bastó para dejar a Turalyon sin aliento. El cielo se había desgarrado por completo, estaba hecho jirones. Entre las tiras de azul se entreveía esa energía oscura tan familiar.

Draenor y ese otro mundo se entremezclaban.

—Hace mucho que os buscaba.

Ese otro ser, que les había llevado hasta allí, sonreía de oreja a oreja. Tenía largos colmillos y garras negras, pero exudaba un aura de Luz Sagrada. Alleria tamborileó distraídamente el costado de su arco; sin duda, consideraba si volver a disparar.

—¿Quién eres? —preguntó Turalyon.

—Soy comandante y guerrero de la Luz. Y hoy, mensajero del mismísimo destino. Me llamo Lothraxion. La Madre de la Luz ha predicho que vosotros dos ayudaréis a garantizar la salvación de todos los seres vivos. Ella me encomendó que os rescatara. Venid y sentaos. Tenemos mucho de lo que hablar.

* * *

Se pasaron tres días hablando. Poco después, Lothraxion comenzó a mostrarse inquieto, sobre todo al saber que un enemigo desconocido había estado pisándoles los talones a Alleria y Turalyon.

—Llevo miles de años enfrentándome a la Legión (*formé parte de ella* unos miles más) y nunca había oído hablar de ninguna criatura que pudiera moverse así por el Vacío Abisal.

Lothraxion no tardó en comprender la gravedad del asunto.

—Si tú no pudiste verlo, Turalyon... es preocupante. Los demonios no deberían ser capaces de evadir la mirada de la Luz.

Tras escuchar el relato de su experiencia en el otro mundo —el "Vacío Abisal", Alleria lo recordaría— Lothraxion se convenció de que esa criatura era uno de los asesinos más excepcionales de la Legión. Kil'jaeden había formado a unos pocos elegidos para matar o capturar a enemigos importantes. Si aún los seguía, no descansaría hasta acabar con ellos.

Y eso significaba que, incluso allí, Alleria y Turalyon seguían corriendo peligro.

Sin duda, tuvieron mucho de lo que hablar durante esos tres días: sobre ese mundo; sobre la Legión Ardiente y cómo los demonios habían orquestado la invasión de la Horda en Azeroth; sobre el Vacío Abisal, el mundo caótico en el que se consumían los universos irradiados por la Luz y la Sombra, y sobre su capacidad para crear extraños reflejos de mundos reales como Draenor.

Lothraxion les habló principalmente sobre el Ejército de la Luz y su guerra imposible contra la Legión Ardiente. Les dijo que la Luz necesitaba la ayuda de Alleria y de Turalyon.

Pero todo eso tendría que esperar.

—No podemos arriesgarnos a atraer a esa criatura hasta nuestra fortaleza —dijo Lothraxion—. Me quedaré aquí con vosotros hasta que haya muerto.

Turalyon estaba dispuesto a aceptar su ayuda, pero Alleria no.

—Lothraxion, debes marcharte. Sabemos protegernos solos.

—No sé si entendéis lo peligroso que es ese asesino.

—¿Cuál es mejor presa para la Legión, dos reclutas o un comandante?

Alleria miró directamente a Turalyon un instante. Escogió muy bien sus palabras y le dijo a Lothraxion:

—Cuando te marches, te seguiré *a ti*. Debes tenderle una trampa. Reúnete con nosotros cuando esté muerto.

Lothraxion empezó a objetar, pero Turalyon le interrumpió.

—Comprendemos el peligro, Lothraxion. Lo comprendemos *perfectamente*.

Hizo un leve gesto a Alleria.

—Esperaremos aquí.

Lothraxion frunció el ceño. Miró a ambos, y dijo:

—De acuerdo, pero no os dejaré indefensos.

Antes de irse, le dio a Turalyon unas horas de instrucción en el manejo de la Luz. Sí, Turalyon era paladín, pero los humanos llevaban poco tiempo usando el poder Sagrado en el campo de batalla. Lothraxion tenía *milenios* de experiencia. Tras la marcha de Lothraxion, Turalyon resplandecía... literalmente hablando.

Para Alleria, aquello perdió su encanto cuando el sol se puso.

—¿Podrías parar, por favor? Estás echando a perder mi visión nocturna —dijo con dulzura.

Turalyon disfrutaba demasiado.

—¿Te molesta mi resplandor? ¿Estoy ahondando demasiado en el poder incontenible de la justicia y la esperanza?

—¿Evitará tu resplandor que alguien te mate mientras duermes?

—Pues es muy posible —dijo. Pero cedió. La Luz se atenuó en su armadura y su martillo—. ¿Qué opinas de nuestro nuevo amigo? Sé que no puedes percibir sus intenciones mediante la Luz.

Alleria se puso a afilar sus puntas de flecha con una piedra plana.

—Tenía mucho que contar y parecía decir la verdad.

Turalyon miró al suelo y con un tono que era apenas un suspiro, dijo:

—¿Y qué pensaste de su petición?

Hubo un largo silencio que tan solo rompía el suave roce del metal contra la piedra. El silencio los abrumó. A lo lejos, pudieron oír los gritos nerviosos de la fauna de Draenor, inquieta por los constantes temblores.

Alleria acabó dejando la piedra.

—La Madre de la Luz nos salvó del Vacío Abisal. Si quiere que esperemos unos pocos días, vale. Pero pedirnos que marchemos a otra guerra...

No terminó la frase. No hacía falta. Turalyon se limitó a asentir.

—Si la Luz pudiera devolvernos primero a Azeroth, podríamos reunir un ejército. Eso sería mucho más útil que tú y yo solos.

—Exacto.

Siguieron hablando durante casi toda la noche.

Cuando el cielo se iluminó, hicieron turnos para dormir. Hacia el mediodía, estaban descansados. Ahora solo quedaba que el demonio muriese. Alleria no estaba segura de que Lothraxion hubiese entendido lo que le habían pedido, pero al menos se mostraba dispuesto a colaborar. No se sabía cuánto tardaría. Si tenían que esperar semanas o meses, su idea de gestionar bien los recursos seguía siendo necesaria.

Empezaban a escasear la comida y el agua. Turalyon fue en busca de un río. Alleria puso trampas por los bosques cercanos. Cuando él regresó, Alleria paseaba alrededor de su campamento, inspeccionando el suelo con atención. Levantó la mirada hacia él y frunció el ceño.

—¿Dónde está el agua?

Sacudió la cabeza.

—Puede esperar. Llevo pensando en algo desde que me desperté. Nos pasamos toda la noche hablando de la guerra, pero ni una palabra sobre nuestro hijo.

—Podemos hablar sobre Mathain después.

—Si uno de nosotros va a la guerra, el otro debe quedarse con él. —Turalyon se acercó a ella—. No debemos arriesgarnos a convertirle en huérfano, no después de jugárnosla al venir aquí.

Ella le devolvió la mirada sin pestañear.

—Estará a salvo. Te lo prometo.

Subió la mano hasta tocarle el mentón.

Shic.

Su daga se introdujo con facilidad en la garganta de él.

Turalyon abrió los ojos como platos, conmocionado. Se tambaleó hacia atrás mientras intentaba en vano contener los borbotones de sangre. Ella le había hundido la hoja hasta la empuñadura.

Alleria le miró sin compasión.

—Mi hijo se llama *Arator*, demonio.

La criatura que se hacía pasar por Turalyon rugió de rabia y avanzó torpemente hacia ella con fuego verde en una mano y una daga en la otra. Alleria evitó al asesino, le asió por el codo y le derribó. La criatura se estampó contra el suelo, con el brazo doblado en un ángulo imposible. La daga cayó a sus pies y se evaporó. Los quejidos guturales de dolor e ira resonaron entre los árboles.

Alleria le dejó chillar mientras recuperaba su arco y su carcaj. Más allá, crujieron unas ramas y Turalyon —el verdadero Turalyon— surgió del bosque con el martillo en la mano. Iba dejando tras de sí un rastro de Luz llameante.

—Bien hecho —dijo severamente.

—Estaba impaciente. Yo habría esperado unos días. Y no habría dejado huellas por todas partes.

Alleria sacó una flecha.

—¿Qué es más valioso, un comandante o dos reclutas nuevos? Al parecer, los dos reclutas. Interesante. Hablemos de ello.

El asesino gruñó y trató de ponerse en pie, pero el martillo de Turalyon volvió a tumbarlo. Con fuerza. Turalyon hizo un gesto, y la apariencia falsa de la criatura se desvaneció y reveló su auténtica forma: un demonio larguirucho que se retorció de dolor. Lothraxion tenía razón. Era un eredar y no cualquiera. Un humo oscuro salía de sus ojos mortecinos y ennegrecidos.

Alleria se plantó encima de él, apuntándole directamente con el arco.

—Eres un esbirro de la Legión Ardiente, ¿verdad?

El demonio sonrió.

—Tan solo soy uno de un ejército infinito. Soy una única lanza de un sinfín... ¡GAAAAH!

Su flecha dio en el blanco. Sacó otra y apuntó a otro lugar igual de doloroso. No repitió la pregunta. El demonio escupió y maldijo.

—¡Sí, pertenezco a la Legión Ardiente, maldita víbora mortal! Escoria arrogante, te verás obligada a arrastrarte por el polvo y la inmundicia ante el gran señor de...

La criatura volvió a aullar cuando la segunda flecha acertó el blanco.

Alleria sacudió la cabeza.

—Llevas días siguiéndonos. Dime *por qué*.

El demonio soltó una risita. El dolor le había vuelto medio loco.

—El destino gira en torno a vosotros. Puedo sentirlo. Puedo *verlo*. Lo he visto por *todo* este mundo. Y entonces *toodo* estalló, con sus miles de lucecillas titilantes. Pero vosotros dos, no; vosotros vivisteis. Y eso significa que el destino tiene planes...

Sucumbió a un ataque de risa maníaca.

Turalyon levantó su escudo.

—Puede que tengas razón, pero no vivirás para verlo.

Los ojos del demonio ardían de rabia.

—¿Creéis que no volveremos a encontrarnos? Daré con vosotros. Poseeré vuestras almas y me las pondré a modo de collar para que sufráis durante toda la eternidad. ¡Luego encontraré a vuestro hijo, *Arator*, y haré que se arrodille ante el mismísimo Sargerás para que le veáis arder por la gloria del maestro! ¿Creéis haber vencido? ¿Pensáis que...?

Alleria soltó la cuerda del arco. La flecha atravesó el cráneo del demonio.

Por un momento, movió la boca sin emitir sonido. Luego se sacudió dos veces y dejó de moverse.

Alleria encogió los hombros a modo de disculpa hacia Turalyon.

—Perdona, no he preguntado si habías terminado con él.

—Tampoco me ha gustado oírle pronunciar el nombre de Arator.

El cuerpo del demonio se consumió y se descompuso en polvo seco que se llevó la brisa. Desapareció por completo.

El Ejército de la Luz debía de estar observándolos. No había pasado una hora del asesinato del demonio, cuando una Luz radiante descendió sobre Alleria y Turalyon. Su gloria los envolvió, y sus mentes se elevaron a otro plano existencial.

Turalyon sintió una presencia junto a ellos: un ser de tal poder que toda la Luz bien podría fluir de él. Oyó a Alleria dar un grito ahogado de asombro. Nunca había sentido el poder apacible de la Luz.

Él tampoco; no con esa intensidad.

Una voz les habló; era elegante, agradable y resuelta. Era la Madre de la Luz.

—Los dos hijos de Azeroth. Alleria. Turalyon. Yo soy Xe'ra. Me alegra veros indemnes, mas lamento lo que habéis tenido que pasar.

Fue Alleria quien respondió:

—No te apenes por nosotros. Fuimos a la guerra para salvar nuestro mundo. Azeroth está a salvo.

—Eso es lo que me apena. Yo estuve allí desde los orígenes, cuando la vida mortal no era más que un sueño distante. Pensar que criaturas como vosotros debáis afrontar peligros tan terribles... Me duele. Si otros no hubieran fallado, si yo no hubiera fallado, no soportaríais esta carga.

—Sin embargo, la soportamos de buena gana, porque es nuestro deber —respondió Turalyon—. ¿Qué está pasando? Ese demonio dijo que estamos marcados por el destino.

—En vosotros reside la esperanza del universo.

Turalyon empezó a distinguir la forma de Xe'ra, era como si estuviese formada de cristales vivos y luminosos, unidos por poder Sagrado. Era muy distinta a cualquier otro ser que hubiera visto, y sin embargo... era como si la conociera desde siempre. Mediante la Luz, comprendió su naturaleza, igual que ella comprendía la suya.

—Lothraxion dijo que se está librando una guerra entre las estrellas. No sé en qué podemos ayudar nosotros.

—La guerra se perdió hace mucho. La Legión Ardiente ha alterado el destino del universo. Toda vida gira hacia el olvido. Por eso... buscamos esperanza. Buscamos luces brillantes en la Gran Oscuridad del Más Allá. Entre la desolación de un millón de mundos estériles, hay algunas tierras que aún viven y prosperan.

—Azeroth —susurró Alleria.

—La luz más brillante de todas. Eso es lo que trajo a la Legión hasta vosotros hace diez mil años. Gracias a la valentía de vuestra gente y a la arrogancia de los demonios, la Legión sufrió la derrota por primera vez. Pero aprenden de sus errores. Los orcos de Draenor eran los peones de una estrategia nueva. Resististeis, pero la Legión también aprenderá de ello. No sé cuál será el siguiente ataque contra Azeroth, pero sé que llegará pronto.

Alleria habló con firmeza:

—Entonces, debemos volver a Azeroth. Reuniremos a todas las naciones para la guerra.

—Eso no bastará.

—Tendrá que bastar.

La voz de aquel ser se llenó de pesadumbre.

—No bastará. La Legión está lista para su Cruzada Ardiente contra vuestro mundo. Solo necesita una vía. La Horda estuvo a punto de dársela.

Emergió una visión. Un orco brujo, encorvado y deforme, alejándose de la Horda. Turalyon le reconoció: le llamaban Gul'dan.

—*Su soberbia fue su ruina. Si hubiera vencido, todo estaría perdido. Pero, ¿cuánto hace que la Horda huyó de Azeroth? ¿Cuántos años en vuestro mundo?*

—Algo menos de tres —dijo Turalyon.

—*La Legión ha tenido décadas para preparar estrategias de guerra nuevas.*

—No entiendo.

—*Las corrientes del tiempo fluyen hacia delante, pero las fuerzas del Vacío Abisal son impredecibles. Mirad.*

Otra visión cobró forma. Apareció un océano inmenso, y Alleria y Turalyon se fijaron en un enorme vórtice que alteraba el agua. El remolino arrastraba a la deriva dos trozos de madera, uno al extremo, donde el agua estaba en calma, y el otro, cerca del centro. El del extremo se movía lentamente, perezoso. El del centro se zarandeaba con violencia y giraba sin descanso alrededor del vórtice. Las tormentas enturbiaban las aguas, sacudían las corrientes e inyectaban cada vez más caos en el sistema.

Turalyon empezó a comprenderlo. Era el mismo océano, las mismas aguas, pero las mismas fuerzas los afectaban de manera diferente. Azeroth se movía más despacio que las partes turbulentas del universo.

—*La Legión Ardiente tiene todo el tiempo necesario para prepararse para la guerra. Pero sus víctimas nunca tienen suficiente. El vuestro es un mundo lleno de luces brillantes, pero no está preparado.*

La visión cambió a una cárcel subterránea. Había un elfo, solo en una celda. Su rostro era frío. Turalyon percibió el odio y la determinación de su alma.

—*Un día, la Luz purificará su atormentado corazón y se convertirá en nuestro mayor campeón. Él destruirá a la Legión Ardiente.*

Las preguntas invadieron la mente de Turalyon.

—Entonces... ¿por qué la Legión nos teme a nosotros?

—*Cuando dejasteis vuestro mundo, se formaron nuevas posibilidades en las vastas extensiones del destino. El futuro albergó un atisbo de esperanza por primera vez en muchos años. Vuestra luz se unió a través del cosmos. Viajasteis hasta alcanzar... algo diferente. Algo nuevo; algo que no creo estar destinada a ver. Una estrella esmeralda. Apareció un instante y luego se desvaneció.*

—¿Qué era?

—*No lo sé. Algo que la Legión ha ocultado de miradas entrometidas. Cuando lo alcancéis, creo que por fin averiguaremos cómo derrotar a la Legión Ardiente. Los demonios también lo saben y por eso enviaron a un asesino a por vosotros.*

Alleria soltó una risita.

—No lo consiguió, y ahora, está muerto.

—*Ese demonio no ha muerto.*

—Siento disentir.

—*Solo destruiste un cuerpo. El alma del demonio regresó al Vacío Abisal. Con el tiempo, resucitará y retomará la misión que sus maestros le encomendaron: extinguir la esperanza de dos luces brillantes.*

Alleria maldijo para sí. Ese demonio había amenazado a Arator, y podría volver en cualquier momento. Entonces, añadió con voz firme:

—Tenemos un hijo.

—*Lo sé. Os pido un sacrificio terrible.*

—No lo entiendes. Si ambos hubiésemos muerto aquí, Arator habría crecido huérfano. Aun así, le dejamos. Mira en mi corazón y entiende por qué.

—*Veo amor, puro e inmaculado.*

Turalyon buscó la mano de Alleria y la apretó con fuerza. Ella hizo lo mismo.

—Haría cualquier cosa para proteger a Arator, a mi pueblo y a mi mundo. Si existen enemigos dispuestos a destruirlo, no descansaré. Daré mi vida si es necesario. Pero sé que volveré a ver a mi hijo. Lo he sabido desde que decidí salir de Azeroth.

—*Me alegra. A pesar de no conocer la Luz todavía, ya ha empezado a hablarte.*

—Deberíamos buscar al resto de la expedición de la Alianza. Si la Legión nos teme a los dos, temblará cuando marchemos juntos —dijo Turalyon.

—*Ellos tienen su propio destino. Vuestro mundo —al igual que este— sufrirá muchas guerras en vuestra ausencia. Un día, Azeroth necesitará su ayuda.*

La conversación se prolongó varias horas. Al final, Alleria y Turalyon tomaron una decisión. Una decisión terrible e imposible.

Una decisión necesaria.

Las visiones se desvanecieron. Alleria y Turalyon volvieron a quedarse solos en un bosque de Draenor. A su lado, se abrió una falla de la que brotaba Luz brillante que iluminaba aquel mundo devastado.

—Volveremos a ver a nuestro hijo —dijo Alleria.

—Si la Luz quiere.

Atravesaron la falla.

Muchos los esperaban al otro lado. Lothraxion exhibía una amplia sonrisa. Xe'ra flotaba sobre ellos. Su presencia constituía una baliza de esperanza en un universo que la necesitaba desesperadamente.

—*Alleria y Turalyon, bienvenidos. Bienvenidos al Ejército de la Luz. Bienvenidos a casa.*

Segunda parte – *La estrella esmeralda*

—*Da un paso al frente, Turalyon, hijo de Dorus. Es el momento.*

Turalyon se colocó en la columna de Luz. No estaba solo: Alleria le acompañaba.

—*La senda de la Luz es distinta para todos sus hijos. Cuéntanos cómo te guio hasta aquí.*

—Nací entre la nobleza de Lordaeron. Estudié los caminos de la Luz desde niño y me convertí en sacerdote para sanar a enfermos y heridos. Tomé las armas cuando invadieron mi mundo, y con mis hermanos de la Mano de Plata aprendí a esgrimir la Luz en el campo de batalla.

—*¿Y qué harás ahora?*

—Juro servir a la Luz hasta el día de mi muerte.

—*Por ello, la Luz te bendecirá. Tómate un instante para prepararte.*

Alleria estrechó delicadamente las manos de Turalyon, sus palmas hacia abajo; las de ella, hacia arriba. Estaban cara a cara, y la Luz los iluminaba a ambos.

—*¿Estás nervioso?* —preguntó ella.

Turalyon sonrió.

—Sí.

El suave murmullo de la presencia de Xe'ra los rodeaba.

—*Tu antigua vida ha pasado. La Luz te forjará una nueva.*

—Estoy listo, Xe'ra.

La Luz descendió sobre él. Alleria notaba el pulso de Turalyon, uniforme, pero fuerte. Él empezó a asirle las manos con fuerza. Su piel se hizo más cálida al tacto.

—Te veré al otro lado, mi amor —dijo Alleria.

La Luz ahondó en su interior y él no se resistió. La voz de Xe'ra rompió el silencio.

—*La Luz te otorgará sabiduría, sanará tus cicatrices, te mostrará tu destino.*

Se quedó extrañamente quieto, con las manos como un peso muerto. Alleria sabía que su mente viajaba ahora por un mar de creación.

—*¿Qué está viendo?* —susurró ella.

—*Cuando alguien se vincula a la Luz, ve su pasado y entrevé su futuro.*

—Espero que vuelva con buenas noticias.

—*La Legión Ardiente ha cambiado el sino de todas las cosas, pero donde el destino ha cambiado una vez, puede volver a hacerlo. Así será, gracias a seres como tú, Turalyon y el resto del Ejército de la Luz.*

—Si la Luz quiere.

Alleria sabía que tendría que esperar mucho hasta que Turalyon regresara. Cerró los ojos y dejó que su mente vagara, buscó lo que siempre buscaba. Y en esta ocasión se vio recompensada.

Su mente se llenó de imágenes, pero no eran visiones. No, no era lo que había ocurrido ni lo que podría ocurrir. Estaba sucediendo en ese momento. Estaba segura.

Alleria veía una ciudad a medio construir. El rastro de la guerra no se había borrado del todo.

Ventormenta. Debía de ser Ventormenta. Los humanos habían empezado a reconstruirla. Era un día radiante, soleado, y el camino hacia los muros de la ciudad estaba abarrotado de gente. Había soldados, civiles y nobles. Ante ellos se encontraban algunos dignatarios. Vio estandartes de Ventormenta, Lordaeron... y Quel'Thalas. Al frente de ese estandarte estaba su hermana Sylvanas.

El corazón de Alleria se hinchó de emoción. Casi todo el linaje Brisaveloz sucumbió durante la invasión de la Horda. Sylvanas fue una de las pocas supervivientes. Aún llevaba la insignia de líder. General forestal de Lunargenta. El orgullo latió en Alleria como un tambor.

Fuera de los muros de Ventormenta se habían erigido hileras de estatuas. Las reconoció todas. Ahí estaban Kurdran Martillo Salvaje, Danath Aterratrols y el archimago Khadgar.

También estaba Turalyon. Y junto a él, había una estatua de Alleria.

La Alianza debía de creer que todos los que permanecieron en Draenor habían muerto. Alleria sabía que muchos de los miembros de la expedición habían sobrevivido. Lo había visto gracias a la Luz... pero aún no habrían encontrado el camino de vuelta a Azeroth.

Alleria dejó que su conciencia flotara sobre la multitud. Todos miraban hacia arriba. Sí, reconoció a algunos elfos: guerreros, compañeros cazadores, magi, amigos.

Y allí mismo, un niño pequeño, sobre los hombros de un paladín.

Arator.

Su hijo aún era un crío, tan pequeño... Solo tenía meses cuando ella partió a la guerra. Para él, solo habían pasado un par de años. Abría mucho los ojos e inclinaba la cabeza. Miraba un rostro que no recordaba. Alleria sintió que se le acumulaban las lágrimas.

—*Habla con él.*

—No sé qué decirle.

—*A través de la Luz puedes decir más que palabras.*

Alleria lo comprendió. Rememoró esos preciosos meses en que le tuvo en sus brazos. Se dejó llevar por esos recuerdos, se deleitó en el amor puro e infinito por su hijo.

A través de la Luz, compartió esa emoción con él.

Vio que el nene miraba a su alrededor y sonreía. Entonces, volvió a mirar hacia la estatua e intentó alcanzarla con la mano. Era el mismo gesto que hacía de bebé para tratar de tocarle el mentón. La alegría inundó su corazón de tal modo que le dolió.

—No me reconoce.

—*Volverá aquí una y otra vez para ver tu rostro. Y sabrá que le quieres.*

—Gracias, Xe'ra.

El viaje de Turalyon finalizaba. La Luz resplandeció en él. Abrió los ojos. Por un momento, brillaron. Alzó la cabeza y respiró profundamente.

Alleria sabía que había terminado. Su pulso era más fuerte que nunca y cada latido de su corazón resonaba con la Luz.

—Bienvenido. ¿Cómo te sientes, Turalyon?

—Como si estuviera despierto por primera vez en la vida. —Tenía los ojos inundados de lágrimas—. Vi a Arator. Había crecido, era paladín, me miraba desde lo alto bajo un cielo carmesí. Yo no sentía más que orgullo por él. Tenías razón, Alleria, estamos destinados a reencontrarnos.

La atrajo para abrazarla. Ella también le abrazó, y las lágrimas de él bañaron las mejillas de Alleria.

No la soltó mientras hablaba con Xe'ra.

—Vi la estrella esmeralda. Un día, nuestra guerra contra la Legión Ardiente nos la desvelará. Debemos tener paciencia.

—*Entonces, estamos siguiendo la senda del destino. Lo has hecho bien, Turalyon.*

Xe'ra anunció la buena noticia al resto del Ejército de la Luz.

—*Turalyon... hijo de Azeroth... humano de Lordaeron... paladín de la Mano de Plata... ha cruzado los límites de la mortalidad. Se le ha considerado digno de convertirse en defensor eterno de la creación.*

Ha sido forjado en la Luz.

Los demás no tardaron en acercarse para felicitarle y abrazarle también. Ya eran hermanos y hermanas de armas. Habían compartido batallas, el derramamiento de su propia sangre y el duelo por los camaradas caídos. Pero ahora, Turalyon no se limitaba a esgrimir la Luz; era uno con ella, al igual que casi todos los demás.

Lothraxion se acercó a Turalyon y le dio un apretón de manos, como hacían los humanos. Alleria le observaba disimulando una sonrisa. Lothraxion había insistido en practicar con ella unos días antes. Se giró hacia ella con una sonrisa entusiasmada.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Maravillosamente. Causarás buena impresión en la corte de Lordaeron.

—Tu ascensión llegará, Alleria. Lo sé.

—Si la Luz quiere —contestó. Pero si a Turalyon, que había estudiado los caminos de la Luz desde la infancia, le había llevado tanto tiempo ganar este honor, sabía que a ella le faltaba aún mucho más. Pero eso no le preocupaba. Hoy, la Luz le había concedido paz. Ya no temía que su hijo viviera su vida entera antes de volver a verlo.

En Azeroth, solo habían pasado dos años desde que se marcharon. Para Alleria y Turalyon, habían pasado más de cuarenta.

* * *

Cuando el Ejército de la Luz aceptó a Alleria y Turalyon entre sus filas, los llevaron a su nuevo hogar: el *Genedar*. Era una nave magnífica, elaborada por las mentes más brillantes de la Luz, capaz de atravesar el Vacío Abisal y de sustentar a sus ocupantes durante largos viajes. También era el mayor refugio de la Luz que quedaba, y el único capaz de librar una guerra contra la Legión Ardiente.

Alleria y Turalyon pronto se unieron al ejército en sus asaltos a los bastiones de la Legión. Pero antes, debían adaptarse a la vida en el Vacío Abisal.

El errático paso del tiempo era un obstáculo difícil de salvar. Una semana en Azeroth podía equivaler a un mes para Alleria y Turalyon. O a diez. O más. Los años parecían fundirse.

No obstante, no estaban ociosos, y eso les ayudaba a centrarse. Turalyon se había unido al Consejo de los Exarcas para aprender sus estrategias militares. Tras varios años trabajando con los herreros del *Genedar* había forjado una nueva arma, una espada imbuida de poder Sagrado. Y debía entrenar incansablemente para dominarla.

Alleria también entrenaba. Había empezado a estudiar las artes de la guerra con poder Sagrado.

Dos años después —desde la perspectiva de Alleria y Turalyon— sus flechas fueron imbuidas por el poder de la Luz. Podría haber renunciado a su arco y flechas, pero le complacía llevar a Thas'dorah, legado familiar, a la batalla contra las fuerzas del mal. Lothraxion lo aplaudió.

—Cada uno de nosotros lleva su pasado a la guerra, pero no todos podemos usarlo como arma —dijo.

Él era un Nathrezim, cuya raza había sido esclavizada por la Legión tiempo atrás. Alleria pronto le consideró un buen amigo y una magnífica fuente de sabiduría. Había pasado milenios luchando en el bando de los demonios antes de ser purificado por la Luz, así que sabía cómo pensaban, cómo actuaban y qué temían.

—La Legión Ardiente no teme a la Luz —dijo.

Alleria sacudió la cabeza.

—¿De verdad son tan arrogantes?

—Sargerias cree que ya ha *derrotado* a la Luz. —Lothraxion esbozó una sonrisa vacía—. Lo que realmente busca es destruir la Sombra. Ese era mi deber hace mucho. Perseguía criaturas del Vacío para la Legión. Era un trabajo muy peligroso.

Alleria no tardó en averiguar personalmente lo que quería decir. Unos cincuenta años después de haber dejado Draenor, el Ejército de la Luz asaltó un pequeño mundo-prisión de la Legión. Cuando llegaron, absolutamente todos los demonios estaban muertos. *Definitivamente*. Los habían arrastrado al Vacío Abisal y los habían masacrado. Ese era el único modo de eliminar un alma demoníaca inmortal para siempre. Incluso los prisioneros habían sido asesinados.

—Esto es obra de la Sombra —anunció Lothraxion—. Tened cuidado.

Inspeccionaron el lugar con detenimiento en busca de supervivientes. Mientras Alleria investigaba unas celdas salpicadas de sangre, un avatar viviente de la Sombra apareció de la nada. Le aferró la garganta con su mano incorpórea y asaltó su mente con magia oscura, tratando de matarla.

Solo pasó un instante antes de que invocase la Luz sobre su atacante, pero en ese instante, al contacto de la Sombra, su mente viajó hasta otro lugar.

Pestañeo.

Se vio a sí misma caminando en otro mundo, lleno de demonios. Uno del que solo había oído hablar: Argus.

Pestañeo.

Se encontraba frente a la estrella esmeralda y sintió su terrible calor en el rostro. Acudió a ella pidiendo ayuda.

Pestañeo.

Se vio a sí misma tirándose por un acantilado, cayendo en una oscuridad eterna, sonriendo. Vio paz en su propia mirada.

El momento pasó y la Luz aplastó a su atacante, matándole al instante. Ella cayó al suelo, resollando. Turalyon se acercó a toda prisa. La Luz fluyó por ella, sanando su dolor.

—¡Alleria! ¿Qué ha pasado?

Alleria forzó un tono irónico mientras se levantaba.

—Me aconsejaron que tuviera cuidado. Quizá la próxima vez haga caso.

No le contó lo que había visto. ¿Cómo iba a hacerlo, si ni siquiera ella misma lo comprendía? Había parecido tan real como cualquier presagio que hubiera recibido de la Luz, pero era obvio que no había sido una visión Sagrada. La Luz y la Sombra habían chocado en su alma, y debido a ello, Alleria había entrevisto algo real. No sabía explicar cómo.

Las semanas posteriores, Alleria le pidió a Lothraxion que le hablara más sobre la Sombra. Cuando le hablaba de las criaturas con las que había combatido, adoptaba un aire sombrío.

—He conocido la esclavitud, pero servir a la Legión era clemente en comparación con lo que padecen los hijos del Vacío —murmuró—. En cuanto a las criaturas *corruptas*, aquellas que habían conocido la libertad... Que la Luz se apiade de sus almas. Una vez invitas a la Sombra a tu corazón, todo acaba en locura.

Era lo que ella supuso.

—Es una lástima. Imagina que alguien pudiera superar la influencia corrupta del Vacío. Sería un aliado inmejorable contra la Legión.

Lothraxion reflexionó.

—Yo no hablaría de algo así donde Xe'ra pudiera oírte. Y dudo que encontraras muchas criaturas así. Emplear el Vacío genera una avidez insaciable de poder. Esa es la trampa. Ese deseo de más, más y más te acaba superando. Una vez que empiezas a usar la Sombra, le *perteneces*. Es algo inevitable, casi siempre.

—¿Casi?

—Hubo alguien...

Lothraxion tuvo que hacer memoria.

—El Peregrino. Así es como le llamábamos. Era un poderoso maestro del Vacío, pero parecía completamente inmune a su opresión. La Legión Ardiente sufrió innumerables bajas tratando de apresarle. Yo casi fui una de ellas.

—Me alegro de que no te matara.

—De hecho, *sí* me mató. Pero para ello, me sacó del Vacío Abisal. —Lothraxion se rio al recordarlo—. Dijo que había visto que me aguardaba un "destino único" y quería que renaciera.

El Peregrino. Alleria memorizó el nombre. No pudo resistirse y preguntó algo más:

—¿Cuántas veces moriste por la Legión?

—Perdí la cuenta. —Le sonrió—. En cierto modo, era agradable sentir que tu alma se dejaba llevar. Entonces, Argus te arrastraba de vuelta, y te castigaba por tus errores. Eso ya no era tan grato.

Alleria meditó sobre lo que le había contado. Quizá hubiera otro modo de derrotar a la Legión. Acudió a Xe'ra para pedirle consejo.

—Quiero encontrar al Peregrino y a otros como él —dijo Alleria—. Ellos desean la derrota de la Legión Ardiente tanto como nosotros.

Alleria había esperado cierta resistencia, pero no un ultimátum.

—*Comprende esto, Alleria Brisaveloz. La Luz no trata con el Vacío. No hay alianza posible con la Sombra. Pretende destruir o esclavizar a todas las almas de este universo. Quiere consumirlo todo.*

A Alleria le pilló por sorpresa la repulsión de Xe'ra.

—Comprendo el peligro, pero soy una cazadora. Pienso igual que mi presa. Ahora luchamos contra la Legión Ardiente, pero un día deberemos enfrentarnos al Vacío. Preferiría conocer la forma de pensar de sus criaturas antes de que comience *esa* guerra.

—*Esa guerra empezó antes que el propio tiempo. No te equivoques, Alleria: si buscas contactar con el Vacío, tu destino quedará arruinado. Perderás a Turalyon. Y a Arator. Y Lunargenta, Azeroth y todo cuanto amas. La Luz y la Sombra no pueden coexistir. Ya sabes cómo abatir al Vacío. Es todo cuanto necesitas saber.*

—Entiendo, Xe'ra.

Las palabras de la naaru fueron categóricas, pero Alleria no podía quitarse de la cabeza lo que había visto. Caminaría por Argus. Vería la estrella esmeralda. Luego, caería en la oscuridad. Esas visiones parecían atisbos del destino, y habían surgido de la Sombra.

Las demás cosas que vio no se habían disipado. Seguía convencida de que volvería a ver a Arator y de que la Legión Ardiente sería derrotada.

Esperaba que la Luz le otorgase más claridad en los años venideros.

Pero, aunque pasaron los siglos, no fue así. Luchó, asaltó y mató, pero no hubo más respuestas.

Y entonces, de repente, la espera terminó.

* * *

La Legión Ardiente había invadido lo que quedaba de Draenor, un mundo ahora llamado Terrallende. Las fuerzas de Azeroth preparaban una defensa desesperada al límite de la Península del Fuego Infernal, resistían a pocos pasos del Portal Oscuro.

Alleria y Turalyon habían pasado más de quinientos años en el Vacío Abisal. En Azeroth, habían transcurrido unos veinte desde el final de la Segunda Guerra, apenas una generación. Y sus campeones se enfrentaban ya a otra guerra crucial.

Pero, para Alleria, era una oportunidad. Solicitó hablar con Turalyon y Xe'ra en privado. Le dolía muchísimo mentirles —especialmente a *él*— pero sabía que se negarían si decía la verdad.

—He tenido sueños durante años. Sueños confusos. Me veo caminando sobre Argus. Entonces, veo la estrella esmeralda.

Alleria extendió las manos con gesto de incertidumbre.

—Asumí que eran mentira. Argus está muy bien defendido. O más bien, lo *estaba*.

Turalyon lo comprendió inmediatamente.

—Los demonios están invadiendo Terrallende. Nunca veremos Argus tan vulnerable.

Alleria esperaba que Xe'ra se opusiera. No lo hizo.

—*Eso es lo que vi antes de que os unierais a nosotros: dos luces brillantes de Azeroth en busca de la estrella esmeralda.*

Alleria se encogió. Eso *no* era lo que ella quería.

—Debería ir yo sola. Una persona puede entrar con más sigilo en Argus que dos.

Turalyon le sonrió.

—Crees que no estoy a tu altura. Me hieres.

—No vi nada con seguridad, Turalyon. No hay razón para arriesgar la vida de nadie más.

—*No luches contra tu destino, Alleria. No logro ver qué pasa una vez que llegáis, pero sé que continuáis vuestra guerra contra la Legión. Id juntos. No moriréis en Argus.*

Después de una afirmación como esa, no había margen de discusión.

Alleria y Turalyon marcharon hacia las profundidades del Vacío Abisal. Abandonaron el *Genedar* en una cápsula cilíndrica. La Luz los sustentaba. El viaje fue calmado. Sigiloso y lento. Llevaría mucho tiempo llegar a Argus, y la cápsula sería su único modo de salir de allí.

Durante el viaje, Alleria le contó la verdad a Turalyon. Al menos en parte.

—Las visiones que tuve no provenían de la Luz. Por eso quería ir sola —dijo.

A Turalyon no pareció molestarle.

—Vengan de donde vengan, Xe'ra creyó que eran verdad. Eso me basta —dijo él—. Existen otras fuerzas en el universo. Si quieren ayudar a la Luz a acabar con la Legión, no me opongo.

—Xe'ra sí.

En los labios de Turalyon asomó una sonrisilla.

—Confío en su sabiduría, pero también en tu instinto.

Continuaron volando en el Vacío Abisal. Alleria rezó para que él no sufriera si se había equivocado.

* * *

Hacía tiempo que el Ejército de la Luz averiguó la ubicación de Argus. Era un mundo completamente oculto dentro del Vacío Abisal, y por ello, el ejército podría haber viajado hasta él en cualquier momento.

Pero, aunque fuese fácil de encontrar, no era fácil irrumpir en él. El principal bastión de la Legión Ardiente estaba extraordinariamente bien defendido. Debía estarlo, incluso

mientras la Legión invadía Terrallende. Kil'jaeden no estaría dispuesto a dejar indefensa su sede de poder. Pero ahora, había vacíos. No vigilarían cada centímetro del mundo.

Cuando Alleria y Turalyon llegaron por fin a su destino, se ocultaron en el caos del Vacío Abisal y esperaron una oportunidad. Ciertas partes de Argus estaban llenas de luces titilantes. Otras, oscuras y silenciosas.

Turalyon viró la nave hacia un descampado, lejos de cualquier cosa de valor. Al salir notaron el hedor a azufre y roca carbonizada. Allí no había vida. Cuando la Legión Ardiente se hizo con ese mundo, los demonios no debieron de dejar piedra sobre piedra.

Turalyon lo miró pesaroso.

—No pensé que hubiera mundos que la Luz hubiese abandonado...

—Bienvenido a Argus —dijo Alleria.

Turalyon señaló al horizonte. Apenas se veía el borde de un cañón. Desde el fondo brillaban muchas luces.

—Eso promete.

Alleria señaló hacia la nave, que tenía la capacidad de abrir una falla de regreso al *Genedar*.

—Y esa es nuestra salida. Recuerda el camino, puede que tengamos que salir a toda prisa.

Se movieron rápida, pero sigilosamente. Si la Legión descubría que estaban allí, la huida sería improbable. La irregularidad del terreno les proporcionaba abundante refugio. Había cuevas subterráneas y riscos que los ocultaban de las escasas patrullas.

Alleria iba delante de Turalyon, buscando indicios de trampas o enemigos. A medio camino del cañón, se paró y ladeó la cabeza.

—Alguien ha estado aquí hace poco.

Turalyon desenvainó su espada sin hacer ruido. Alleria le dirigió una mirada burlona.

—No es eso. No me refiero a una patrulla, es otra cosa.

Señaló a la superficie de un acantilado cercano. Partes de la roca ennegrecida tenían marcas de arañazos. Había una fina capa de ceniza reciente a sus pies. Se arrodilló. Aún estaba caliente.

—Una hoguera. Marcas de herramientas. Alguien está viviendo aquí.

Turalyon se encogió de hombros.

—Cuesta creerlo, pero quizá encontremos aliados en Argus.

Alleria no tenía tantas esperanzas.

—Cualquiera que viva bajo las narices de la Legión debe ser muy bueno escondiéndose. Y muy paranoico. No creo que se deje encontrar por nosotros. Aunque...

Examinó con detenimiento el acantilado.

—Quedarse al descubierto sería un suicidio. ¿No necesitaría un modo de...? Ah, ahí está.

Clic.

Encontró lo que buscaba. Una roca suelta giró bajo su mano. Un fragmento del acantilado se abrió como una puerta, revelando un diminuto y estrecho pasadizo. Alleria asintió, satisfecha.

—Pues *hay* gente viviendo aquí. Así es como viajan sin que la Legión se entere.

Turalyon caminaba en cabeza por los túneles serpenteantes, usaba la mínima Luz necesaria para iluminarse. Durante varias horas, lo único que oyeron fue su propia respiración. Siempre que encontraban una bifurcación, tomaban el túnel que giraba hacia el cañón. Después de tanto tiempo en el Vacío Abisal, habían aprendido a orientarse sin sol, estrellas ni puntos de referencia.

Al acercarse al cañón, Alleria empezó a sentir algo extraño. Una oscilación en su mente. Miró a Turalyon, que asintió: él también lo había sentido.

Al final, una luz verde intermitente comenzó a inundar el camino frente a ellos. Un ligero, pero irritante zumbido reverberaba a través de la roca a su alrededor. Entonces, Turalyon vio una abertura. Ahí, el túnel se ensanchaba. Alleria se dio cuenta de que no era una formación natural. Quienquiera que viviese allí debía de haber tallado una rudimentaria ventana en la superficie del acantilado para espiar a la Legión. Quizá *sí que había* una pizca de resistencia en Argus. Turalyon siguió reptando, sin bajar la guardia.

Alleria le seguía de cerca.

—¿Qué es?

—No lo sé, Alleria. Por la Luz que no lo sé.

Ella levantó la cabeza. Miraba hacia el cañón. De una inmensa e infernal grieta sobre la corteza de Argus emanaban humo y vapores, pero extremadamente fríos. El estruendo y el clamor de los martillos, la magia oscura y los pasos se solapaban.

Habían visto fortalezas en la superficie del mundo, pero debían de ser puestos de avanzada. *Aquí* era donde la Legión Ardiente fortalecía sus ejércitos. Había forjas, almacenes, cuarteles demoníacos e innumerables edificios, canteras y construcciones. No solo estaban sobre el suelo del cañón, sino que la Legión los había construido en las paredes.

La vibración en su mente se intensificaba. Era dolorosa. Turalyon se aferraba con fuerza al borde del acantilado.

—Proviene de allí.

Señaló desde las máquinas de guerra hacia una parte más sombría del cañón, donde se atisbaban unos edificios silenciosos. La arquitectura era diferente. Alleria tardó un poco en comprender lo que veía. En los últimos siglos de guerra, había visto cientos de

baluartes de la Legión, pero aquello no se parecía en nada. Entonces, ¿por qué le resultaba tan familiar?

Le recordó a Azeroth, a las viejas ruinas que antedataban incluso a los primeros asentamientos Altonato. Aquellas eran ruinas de los titanes.

¿Por qué había arquitectura titánica sobre Argus?

¿Y qué había dentro?

Ese pensamiento pareció llamar su atención. La presencia en su mente ya no vibraba; enmudeció. La había percibido. Sintió una calidez terrible. Vio fuego en su pensamiento. Vio una esfera reluciente de poder puro, atrapado, luchando por escapar de una prisión vil. Una prisión esmeralda.

Luego la presencia se detuvo. Miró, escuchó. La vio a ella.

Gritó.

Un raudal de pánico y horror inundó la mente de Alleria. El miedo saturó sus pensamientos de manera tan repentina que se desplomó.

—¡Alleria! —Turalyon la alejó del borde—. ¿Qué ocurre?

Ese miedo. No era suyo. No le pertenecía. Así que lo rechazó sin compasión.

—Está viva, Turalyon. Que la Luz nos ayude, está viva.

Él se quedó mirándola un momento, sin comprender. Y entonces, debió de acudir a él, que se encogió y flaqueó mientras gruñía y luchaba por recuperar la claridad.

Alleria obligó a su mente a ver lo que había acudido a ellos. Debajo, en Argus, había una criatura de un poder asombroso, aprisionada por el fuego verde y corrupto de la magia vil.

—No —susurró Alleria—. Esto no puede ser la estrella esmeralda.

—Por la Luz...

Turalyon tomó aire.

La criatura volvió a gritar. Su fuerza los hizo temblar. Alleria oyó ruidos en el cañón. Movimiento. Marcha. Los demonios comenzaban a agitarse.

—La Legión sabe que algo va mal —advirtió.

Ese ser luchaba contra sus ataduras, y los temblores se extendían por el mundo. Incapaz de escapar, volvió a chillar.

Pero, esta vez, trató de comunicarse. Alleria sintió que su sentimiento puro dio paso a algo más. Recuerdos. Le enviaba su vida entera en un estallido único y descontrolado. En ese instante, mientras la fuente de poder Arcano se cernía sobre ella, su mente viajó a otro lugar.

Ese ser era muchísimo más poderoso que el esbirro de la Sombra. Entonces, vio destellos del destino. Ahora, rememoraba una historia que sobrepasaba la existencia del universo.

Parpadeo.

Era energía, arremolinándose en el cosmos.

Parpadeo.

Encontró calor cerca de un sol y a su alrededor se formó un mundo para protegerla a medida que crecía.

Parpadeo.

Generaciones de vida vivieron y murieron en él.

Parpadeo.

Fue traicionada. Algo poderoso la sometía.

Parpadeo.

Dolor. Dolor. Dolía mucho. Su único consuelo residía en su sueño.

Parpadeo.

Esclavizaban mundos. Quemaban mundos. Usaban su fuerza para revivir a las almas caídas. Dolía muchísimo.

Parpadeo.

Encontraron otra. Era mucho más poderosa. También querían conquistarla. Entonces, serían imparables.

Parpadeo.

Gritaba al cosmos en busca de ayuda. Dos hijos respondieron a la llamada. Dos luces brillantes.

Parpadeo.

Dos luces brillantes... de Azeroth. Un mundo como Argus.

Alleria bregó para zafarse. Ahora, estaba tumbada de costado. Turalyon la zarandeaba.

—¡Despierta! ¡Alleria, despierta! ¡Tenemos que irnos!

Ella extendió el brazo y le agarró del hombro.

—¿Lo has visto? —susurró.

—¿El qué?

Él no lo había visto. ¿Por qué? ¿Y por qué *ella sí*?

—Argus tiene alma. Este mundo tiene un *alma*. Y Azeroth también. Por eso lo quiere la Legión.

El rostro de Turalyon reflejaba su propia confusión. Él solo dudó un instante.

—Xe'ra sabrá qué hacer.

Turalyon cerró los ojos y susurró:

—No podemos liberarte solos, pero volveremos. Acabaremos con tu tormento. Lo juro por la Luz.

Alleria salió en desbandada por el interior de los túneles. Los alaridos demoníacos colmaron el aire. La Legión sabía de la presencia de intrusos, aunque no su ubicación exacta. Tiró de Turalyon por la armadura.

—Si no escapamos ahora, nunca lo haremos.

Corrieron hacia el lugar del que habían venido. La Legión registraría Argus en busca de lo que había alterado el alma del mundo. Si los demonios encontraban su vehículo antes de que Alleria y Turalyon lo alcanzasen, no conseguirían salir de ese mundo.

Alleria y Turalyon tardaron horas en salir al aire libre. No había demonios alrededor. En sus corazones brotó una brizna de esperanza. Quizá no fuese demasiado tarde. Sin decir una palabra, ambos salieron corriendo lo más rápido posible.

Subieron a lo alto de una colina. Su vehículo estaba allí, sobre la llanura, a unos metros.

Parecía como si estuviera a varios mundos de distancia.

La cápsula era su única vía de escape. La Legión la había encontrado e innumerables filas de demonios la flanqueaban. Había muchísimos. *Demasiados*.

Sin dudarlo, Alleria y Turalyon atacaron. No tenían alternativa. Ni esperanza. Su ataque fue tan audaz que ganaron tiempo. Lograron abrirse camino a través de las filas frontales de los demonios. Pero no era suficiente.

Cada flecha, cada estocada, traía otro demonio. No era suficiente. Alleria osciló su arco, disparando una guadaña de poder Sagrado y aniquilando a doce demonios de golpe. Pero no fue suficiente.

—No deben apresarnos —gruñó Turalyon—. No deben cogernos vivos.

—No lo harán. ¡Izquierda!

Turalyon se agachó a su izquierda y ella disparó una flecha contra el demonio que estaba a punto de partirle el cráneo. Alleria lanzó otras dos flechas a la vez, matando a cuatro. Pero no fue suficiente.

Estaba decidido. Era mejor morir que ser capturados. Si morían allí, la Legión no averiguaría el escondite del *Genedar*. Sus aliados estarían a salvo.

Pero el Ejército de la Luz no ganaría nada con su muerte. ¿Les había guiado el destino hasta allí solo para morir?

«No moriréis en Argus».

Xe'ra estaba muy segura. Y muy equivocada.

Su avance se ralentizaba. Los efectivos infinitos de la Legión se abalanzaban sobre ellos. Alleria detectó que un círculo de eredar se acercaba, espirales de magia vil se formaban como cadenas sobre sus manos. Querían capturarlos a los dos antes de que muriesen en combate.

Ella siguió luchando. Pero no fue suficiente.

«No logro ver qué pasa una vez que llegáis...»

Ese destino se había ocultado a ojos de Xe'ra. ¿Por qué? ¿Por qué no lo había visto? ¿Por qué no había visto Turalyon la visión del alma-mundo?

¿Por qué?

Todo se silenció en la mente de Alleria. La respuesta no vino como un grito, sino como... un susurro, de una voz que no había oído antes.

... porque no son libres...

Turalyon era uno con la Luz. Alleria no. Aún no.

Y ahora supo que nunca lo sería.

La lucha estaba en un punto muerto. Alleria y Turalyon no podían ni avanzar ni retroceder. Había llegado el final. La Luz no podría salvarlos.

—Volveré a ver a mi hijo —susurró Alleria. Y le pareció más real que nunca, aunque resultara impensable.

Sabía de dónde provenía esa voz. Sabía lo que quería. Y sabía que sería su única salvación. Azotó con la Luz una vez más, despejando un camino frente a ella. Después, se abandonó.

Acudió al Vacío. El poder oscuro fluyó en su interior. No sabía cómo controlarlo, pero eso no importaba. Algo, en la distancia, lo hizo por ella. Algo, en la distancia, quería que ella sobreviviese. Percibía sus susurros enloquecedores que inundaban sus pensamientos.

Un portal escarpado se abrió de repente, más negro que el rincón más oscuro del universo.

Turalyon se giró sobresaltado. Miró el portal, conmocionado.

—¿Alleria...?

El modo en que pronunció su nombre le partió el corazón.

Con un grito desesperado, Alleria agarró a Turalyon del cuello y le arrastró a través del portal. Sintió que gritaba de dolor al cruzar el umbral. *La Luz y la Sombra no pueden coexistir.*

Aún podía sentirle el pulso. Cruzar por el Vacío no le había matado.

El portal se cerró de golpe. Alleria se desplomó, estaba exhausta y le costaba respirar. Miró hacia el caos turbulento e incandescente del Vacío Abisal. Turalyon y ella descansaban sobre un trozo de roca que flotaba en mitad de la nada, apenas lo bastante grande para los dos. Alleria dejó marchar la Sombra. La apartó. Los susurros de locura se desvanecieron.

Turalyon estaba tumbado, quejándose. Alleria le observaba. Su alma se encogió de dolor por lo que había hecho y por lo que estaba a punto de hacer.

—Estamos a salvo. Lejos de Argus —dijo ella.

Él se levantó despacio. Contempló el caos del Vacío Abisal. Y luego, atónito, la miró a ella.

—¿Qué... has hecho?

No le contestó. Quería mentirle, pero no podía. Otra vez, no.

—Alleria.

Quiso tocarla. Ella se zafó.

—¡Alleria, por favor! ¿Por qué? ¿Por qué?

Respondió calmada:

—Eso mismo me pregunté yo. ¿Por qué? Entonces, lo entendí. No estábamos destinados a morir hoy en Argus. Hasta Xe'ra lo sabía, pero no podía ver cómo escapábamos. No podía ver que sería la Sombra quien nos salvara.

—¡Habría preferido morir que verte caer en el mal!

—Lo sé. Sin embargo, mi destino no ha cambiado. Volveremos a ver a nuestro hijo. Derrotaremos a la Legión.

—Alleria... —La voz de Turalyon se ahogaba de horror—. Esto se puede deshacer. Pide perdón. Reniega de la Sombra. Estoy seguro de que Xe'ra te ayudará.

Él no lo comprendía, pero Alleria no podía culparle. Ni ella misma entendía del todo lo que había hecho.

—Estaba destinada a seguir el camino de la Luz durante mucho tiempo. Ahora, debo aprender a sobrevivir a un camino nuevo.

Deseaba saber lo que esperaba al final de ese camino.

Él se inclinó hacia delante, tomándole las manos.

—Este no es el modo...

Al tocarse, sintió una punzada de dolor. Ella se retrajo, igual que él. *La Luz y la Sombra no pueden coexistir*. Él la soltó mientras miraba sus manos con incredulidad.

—Encuentra el camino de vuelta al *Genedar*. El Ejército de la Luz aún te necesita. —Otro portal, negro y escarpado, se abrió junto a ella—. Pero debes saber que no somos enemigos. Ni ahora, ni nunca. Créelo, Turalyon. Te ruego que lo creas.

—Alleria, espera...

—Te veré al otro lado, mi amor.

Ella quería quedarse. Solo deseaba abrazarlo, renunciar a la Sombra y regresar a la Luz, pero ese no era el camino que protegería a Azeroth. Si su destino era caer en la oscuridad, debía aprender a soportarlo.

Y, si no fuera capaz, debía alejarse de aquellos a quienes amaba. Por su bien.

Se impulsó hacia el portal. Lo último que vio antes de cerrarse fue a Turalyon. Él trataba de alcanzarla, con las mejillas cubiertas de las lágrimas.

La miraba como si se hubiera quitado la vida.

No estaba segura de que estuviera equivocado.

Tercera parte – Sombra y Luz

—Comprendo lo que implica tu trato, Alleria Brisaveloz, pero ¿lo entiendes tú?

Alleria no pestañeó.

—¿Acaso importa?

—A mí no.

Alleria comprendía el *trato* perfectamente. Pero sus *consecuencias...* el precio que debería pagar...

Bueno, eso vendría más tarde. Antes de poder acabar con la Legión Ardiente, debía escapar de ella. Que la capturasen no formaba parte *exactamente* de su plan, pero las circunstancias requerían improvisación. Al menos, le había acercado a su presa. Habían pasado quinientos años de búsqueda. Ahora, su objetivo estaba a su alcance.

—Tendremos que actuar rápido. Creo que han perdido la paciencia conmigo. Prepárate, Peregrino.

Una risa emergió de la celda que flotaba sobre ella.

—Llevo aquí mucho más tiempo que tú, Brisaveloz. Estoy más que preparado para marcharme.

—Bien.

Alleria había estado observando a los interrogadores de la Legión. Los últimos días se mostraron claramente frustrados al no conseguir doblegar su voluntad. Quedaba poco tiempo.

—Esto se va a poner feo.

Una luz violeta parpadeó desde la celda de la otra criatura.

—Entonces, empecemos con nuestra primera lección. Es una técnica sencilla. Y muy fea, sí. Presta atención.

Alleria cerró los ojos y abrió su mente. Las advertencias de Xe'ra resonaron entre sus pensamientos, pero las ignoró. Hacía mucho que se había entregado a este camino.

Solo esperaba poder resistirlo.

* * *

La batalla en Argus cesó unos instantes, pero la quietud no duraría.

El alto exarca Turalyon atravesó el pasillo tras la línea de hostigadores.

—¡Preparaos! Resistid la primera oleada, y después, replegaos. ¡Tenemos que guiarlos hasta *dentro*!

Pasó junto a Lothraxion. El Nathrezim le miró.

—¿Les otorgaremos tiempo suficiente?

Turalyon no dijo nada, lo cual sirvió de clara respuesta. Lothraxion gruñó.

—Bueno, al menos heriremos el orgullo de la Legión.

Los pasillos comenzaron a retumbar con las fuertes pisadas y el repiqueteo de las armas. El sonido iba en aumento. Turalyon apretó su espada. Por la Luz, cómo deseaba que Alleria siguiera a su lado.

—¡Ahí vienen!

Los demonios aparecieron gruñendo por el pequeño acceso. Tres Señores del Terror encabezaban el grupo. Lothraxion los recibió con su espada y una sonrisa.

—¡Me alegra volver a veros, *hermanos!*

La Luz y el poder vil confluyeron en un remolino de furia catastrófica.

Luchaban en un pasillo estrecho. Era un cuello de botella. De momento, la Luz podría resistir contra un mayor número de enemigos. Un demonio se abrió paso hasta el frente, pero la espada de Turalyon se hizo cargo. Miró tras de sí. Sus artificieros trabajaban a destajo en los constructos de la falla de la cámara principal.

—¿Habéis terminado? —gritó.

Uno de ellos le devolvió el grito. En su voz se notaba la frustración.

(Rosallas) —¡Casi! Solo necesitamos... un poco...

—Se nos acaba el tiempo. ¡Retiraos y abrid la falla!

Turalyon se giró hacia su ejército y alzó la voz.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Los soldados obedecieron, retrocedieron lentamente al unísono mientras se ocupaban de los necios que intentaban cargar en solitario. Se replegaron del pasillo hacia una amplia estancia, la cámara donde la Legión Ardiente guardaba sus barreras de fallas. Tras sufrir siglos de asaltos, la Legión Ardiente por fin había aprendido a impedir que el Ejército de la Luz abriese fallas en Argus para sus incursiones. Esas barreras los habían cogido por sorpresa.

Este ataque había sido un ardid desesperado. Nadie en el ejército de Turalyon sabía cómo funcionaban las barreras ni cómo destruirlas, pero era un riesgo que todos estaban dispuestos a correr. Si tenían éxito, recuperarían el acceso a Argus. Podrían amenazar con capturar el alma-mundo y sembrar el pánico entre las filas de la Legión Ardiente, e incluso obligar a la Legión a suspender su invasión de Azeroth.

Pero no habían tenido éxito, y ahora cada demonio de Argus se les echaba encima.

Lothraxion tenía razón. Solo quedaba herir el orgullo de la Legión, pero Argus estaba en el Vacío Abisal. Cada enemigo que el ejército derrotara quedaría eliminado para siempre.

El ejército simuló retirarse al fondo de la cámara. Los demonios avanzaban por los pasillos y se abalanzaban al interior de la sala, con tanto ahínco en perseguir a los efectivos de Turalyon, que no advirtieron a los dos paladines que esperaban a ambos lados de la puerta. Cuando Turalyon no veía nada más que demonios atestando el pasillo, dio la orden.

—¡Ahora!

El ejército detuvo su retirada. Los dos paladines de la puerta retrocedieron hasta el pasillo con los brazos extendidos. El poder Sagrado brotó y los demonios que se encontraban de frente chillaron mientras la Luz los consumía a todos.

Aquellos que ya habían entrado en la cámara se giraron anonadados, mientras Turalyon y su equipo de asalto caían sobre ellos. La batalla fue rápida e injusta: tal y como Turalyon había planeado.

Uno de los paladines, un comandante llamado Rosallas, salió del pasillo cojeando. El otro nunca regresó. Turalyon murmuró una oración por él, y luego alzó la voz hacia los demás.

—Es hora de irse —dijo.

El transporte de los paladines seguía activo. Tuvo que aterrizar físicamente en Argus, pero una vez allí, podía forzar la apertura breve de una falla al *Genedar*. El ejército se agachó para acceder a la estrecha apertura y cruzar una gran distancia en un instante, hasta ponerse a salvo. Turalyon fue el último. La falla de la nave no se cerró. Los demonios se dirigían a toda velocidad hacia ellos.

—Ciérrala —le dijo a Rosallas.

(Rosallas) —No puedo. Hay algo... —Una ráfaga de viento resopló en el *Genedar*, y por fin, la falla se cerró de golpe. El paladín pestañeó y luego se encogió de hombros—. Mis disculpas, Alto Exarca. Algo lo estaba bloqueando.

—No me sorprende. A la Legión le encantaría invadir este lugar —dijo Turalyon apesadumbrado.

No había duda: sería la última vez que se infiltraban en Argus. El *Genedar* no volvería a coger por sorpresa a La Legión.

Por ahora, el Ejército de la Luz estaba estancado allí, oculto en el caos del Vacío Abisal.

Lothraxion le dio a su líder una palmada en el hombro.

—Ha sido una buena batalla, Turalyon. Nos has guiado bien.

Turalyon le estrechó la mano.

—Has luchado de manera admirable. Todos lo hicisteis. Díselo de mi parte.

—Lo haré, Alto Exarca.

Turalyon le miró irse. Sí, el ejército solo había perdido a uno de los suyos contra todo pronóstico, pero la Legión había ganado.

La guerra de mil años contra la Legión había dado muchos frutos. Había liberado a prisioneros de destinos peores que la muerte. Había retrasado la invasión de Azeroth varias décadas. Pero no terminaba de manera triunfante, sino con una pequeña refriega y un muro que el Ejército de la Luz no era capaz de atravesar.

Fatigado, Turalyon se adentró en el *Genedar* en busca de Xe'ra. Le informó de su fracaso, y no recibió respuesta. Ella había predicho que los campeones en Azeroth eran la única esperanza para derrotar a la Legión Ardiente. Su mente estaba completamente centrada en ayudarles a repeler la invasión.

Quizás, eso fue lo que más le dolió a Turalyon. Xe'ra sabía que fracasaría, y no intentó ayudarlo a superar ese sino.

Esperaba, por la Luz, que ella sí lo consiguiera. Hasta entonces, no podía hacer nada.

* * *

El aprendiz de inquisidor flotaba sobre su tarima, acechando a Alleria mientras las ataduras de magia vil enviaban punzadas de dolor a su mente.

—Dime cómo encontrar el *Genedar* o sufrirás durante toda la eternidad.

La Legión Ardiente había mostrado mucha creatividad en sus torturas cuando Alleria llegó a Niskara. Los demonios eran interrogadores expertos, capaces de quebrar las voluntades más férreas con gran ingenio. Hubo momentos en que temió sucumbir a la agonía... o, al menos, confesar que ella *quiso* que la trajeran a esta prisión.

Pero esto... Esto era pura pereza. Le costaba ocultar su desdén. El Alto Inquisidor tenía talento en su arte, pero este aprendiz carecía de imaginación.

El inquisidor tendió la mano. Abrió sus dedos largos y con garras para revelar un cristal negro y pulido sobre la palma de la mano. Alleria había visto otras parecidas. Era una piedra de alma.

—Esto es un regalo de Kil'jaeden. Será una recompensa para alguien a quien conociste hace mil años. ¿Me comprendes, Brisaveloz? Si no obedeces, ese demonio poseerá tu alma... para siempre.

—A modo de collar —murmuró Alleria.

—Ah, veo que lo entiendes perfectamente. Tal vez es lo que quieres. Cuando llegue, tu alma y la de tu amado se reunirán, y aullarán de agonía juntas hasta que las estrellas sean polvo. —Juntó las manos con gesto de falso fervor—. Qué romántico.

Alleria no contestó. El inquisidor suspiró decepcionado.

—¿Necesitas que te convenza primero? De acuerdo.

Movió una mano y las ataduras viles desaparecieron. Ella cayó al suelo fingiendo agotamiento. Él caminó despacio hacia ella, conjurando alguna tortura nueva que nunca tendría oportunidad de usar.

Alleria respiró profundamente.

—Es hora de cumplir nuestro trato, Peregrino —dijo.

Alleria se impulsó para ponerse de pie. No llevaba armas. Los inquisidores le impedían el uso de la Luz. Pero la Legión, a pesar de su astucia, no imaginaba que una guerrera del Ejército de la Luz hubiera abrazado la Sombra.

La magia oscura invadió sus venas. Las voces del Vacío volvieron hasta ella, vertiginosas y delirantes. Siguió las lecciones del Peregrino. Dirigió una mano hacia el inquisidor; la otra, hacia la celda del Peregrino. Ambos explotaron en pedazos. El demonio ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Alleria esperó, atenta. No hubo alarma, ni gritos de ira. El inquisidor estaba tan seguro de sí mismo que no había traído guardias ni había invocado ningún ojo guardián. No había habido testigos.

El Peregrino surgió de entre las ruinas de su celda. Era un etéreo, una criatura de energía pura. Cuando lo capturaron, destruyeron sus vendajes. Su forma era una masa de poder irregular.

—Buen golpe, Alleria. He tenido alumnos peores.

Miró alrededor. Por un instante, pensó en buscar su arco, pero sabía que no tenía tiempo. No tardarían en notar la ausencia del inquisidor.

—Debemos irnos.

—Así es.

La magia de las Sombras surgió de él y un portal se abrió frente a ellos.

—Yo necesito recuperarme, y tú, entrenarte. Conozco el lugar para ambas cosas.

Alleria dudó. Se arrodilló junto a los restos del inquisidor. El etéreo temblaba impaciente.

—¿A qué esperas?

Cogió la piedra de alma.

—Esta era para mí. Me temo que hay otra para alguien que me importa muchísimo.

El etéreo habló sin lástima:

—Nuestro trato no me exige esperar a que estés lista. Decide qué es más importante. Ya.

Alleria le miró furiosa, pero la decisión estaba tomada.

—Se oculta en El Vacío Abisal. No sé cómo encontrarlo.

—Lo harás. Si es que sigue vivo cuando hayas terminado.

—Entonces, en marcha.

Alleria atravesó el portal. Los cielos tortuosos de Niskara desaparecieron. En su lugar... no había nada. Ni sonido, ni viento, ni suelo, nada más que un silencio abrumador. El brillo del etéreo era lo único que proporcionaba luz. Alleria flotaba libre.

—Hasta que aprendas a sobrevivir aquí, es mejor que no llames mucho la atención. Bienvenida al Vacío, Alleria Brisaveloz.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Otras formas de matar, quizá? No, para eso tienes una habilidad natural. Quizá algo más... fundamental.

Su luz parpadeó y la Sombra empezó a retorcerse delante de él.

—Hablemos sobre mantener la cordura. El Vacío hará todo lo posible para quebrar tu voluntad.

—Parece problemático.

—Bastante.

* * *

—Despierta, Turalyon, despierta.

Turalyon abrió los ojos. Sentía un fuerte dolor en el pecho. Lo ignoró y se incorporó.

—¿Qué ocurre?

Lothraxion estaba de pie en el pasillo.

—He encontrado un cadáver.

—¿Qué?

—En la parte inferior del *Genedar*. Es una mujer, Turalyon. Lo siento —dijo.

Turalyon se levantó de golpe.

—Dime que no es ella.

Lothraxion no dijo nada y eso bastó. Su expresión era de congoja. A Turalyon le invadió la desolación.

—Llévame hasta ella.

Salieron sin dilación hacia el interior de la nave. Turalyon intentó dominar sus emociones, pero sus pensamientos eran una vorágine. Llevaba siglos sin ver a Alleria. La había llorado, convencido de que la había perdido para siempre, pero este nuevo dolor en su pecho palpitaba con cada latido de su corazón. Que la Luz le ayudara si eso que sentía era su muerte. Quizá...

No. Turalyon se recompuso. No era el momento de lamentarse. No hasta que estuviera seguro. ¿Por qué iba a estar allí su cadáver, en el *Genedar*?

Llegaron a la sala de cristales, el lugar desde el que fluía el poder del *Genedar*. Ninguno de los artificieros estaba en su puesto. Dado que la nave permanecía en sigilo, no se necesitaba su presencia constantemente.

Lothraxion llevó a Turalyon al rincón trasero.

—Aquí, Alto Exarca.

Tras la última estructura de cristal, Turalyon vio un cuerpo oculto en la sombra.

—No, por la Luz. —Suspiró. Se arrodilló a toda prisa hacia ella.

Respiró de nuevo. No era Alleria. No era una mujer, ni siquiera era un cadáver.

Sobre el suelo yacía... Lothraxion. Su pecho se movía. Tenía los ojos como platos. Unas palabras brotaron a medias de sus labios inmóviles.

—... *Detrás... de ti...*

Turalyon se levantó dándose la vuelta. Se abrió a la Luz e invitó a su fragoroso poder a abalanzarse sobre el impostor que...

—¡Aaah!

El dolor de su pecho estalló y se adentró como cuchilladas en su alma. Turalyon no se podía mover. La Luz escapó de su control. Ni siquiera podía hablar. Apenas podía pensar. Se tambaleó, se ladeó y finalmente, cayó al suelo, incapaz de moverse.

La criatura que se parecía a Lothraxion avanzó hacia él con sonrisa malévola.

—Te dije que volveríamos a vernos, humano —dijo. Con un gesto, la criatura disipó su disfraz. El asesino eredar de Draenor se inclinó hacia Turalyon mostrándole su daga. Sobre ella, había una gota de sangre mezclada con venenos viles que humeaban y chisporroteaban.

—Podría haber acabado con todo esto mientras dormías, *Alto Exarca*, pero pensé que conservar tu alma llevaría tiempo y necesitaré un lugar tranquilo para acabar el trabajo.

El eredar se giró hacia Lothraxion.

—Y luego, caí en que a Kil'jaeden le agradecería volver a verte, traidor.

Lothraxion empezaba a moverse. El veneno debía de estar perdiendo efecto.

—... *La Luz... te quemará...*

El asesino enterró la daga en el antebrazo de Lothraxion y el Nathrezim se quedó inmóvil.

—Tranquilo, vivirás. Verás a tu Alto Exarca, una de las luces brillantes de Azeroth, convertido en mi preciado trofeo.

El eredar les mostró una pequeña piedra de alma negra entre dos dedos. Después se giró hacia Turalyon.

—Quiero que sepas que Alleria Brisaveloz vive. La Legión Ardiente la retiene en una celda. Cuando haya recogido tu alma, recogeré la suya también. Estaréis juntos, para siempre, conmigo, tal y como prometí. En todo momento, sentirás su sufrimiento con tanta intensidad como el tuyo.

La piedra de alma flotaba sobre Turalyon que invocó hasta el último resquicio de su voluntad para resistir al veneno que le había abatido. Trató de luchar. Trató de gritar. Trató de blandir la Luz. Trató de llamar a Xe'ra. Pero no emitió ni un sonido. No movió ni un dedo.

Con una risita, el asesino comenzó su tarea.

* * *

—La Sombra curará tus cicatrices. La Sombra te mostrará tu destino.

A Alleria no le hacía ninguna gracia.

—No te inmiscuyas en mis recuerdos.

La risa inundó el aire a su alrededor.

—No podría, aunque quisiera. Lo sabré todo sobre ti cuando acabe. ¿Prefieres abandonar?

—No.

—Entonces, empecemos. Hasta ahora has sido una alumna ejemplar, Alleria Brisaveloz, pero apenas has tocado la Sombra. Para comprender tu destino, debes fundirte con ella.

—La magia del etéreo parpadeaba suavemente—. Y ahí es donde reside el peligro. Ves al Vacío como enemigo, y él a ti te ve del mismo modo. Por ahora. Su naturaleza es hostil hacia lo que tú conoces como *vida y cordura*.

La negrura en torno a ellos parecía modificarse.

—Pero, sin la Sombra, ni siquiera existirías.

La oscuridad tocó a Alleria. Las voces que había aprendido a ignorar sonaron con fuerza. Con muchísima fuerza. Alleria no podía apartarlas. No podía resistirse a ellas. Pero el Peregrino siguió hablando, guiándola a través de la tormenta.

—Ya comprendes una verdad, Alleria. La Luz es ciega. No puede ver la totalidad del destino, porque no es responsable de él por sí sola. La Sombra arropó tu camino, y por eso quedó oculto a ojos de la Luz.

La fuerza de sus palabras le proporcionó un ancla a la que aferrarse mientras las corrientes de la oscuridad la zarandeaban.

—Ahora, comprende otra verdad. La Sombra está igualmente ciega. Vio tu destino entremezclándose con el suyo propio y se regocijó. Pero, del mismo modo, la Sombra solo ve un fragmento del porvenir; un fragmento muy distinto a todo cuanto conoces.

Alleria empezó a tener visiones. Visiones realmente terribles.

Vio a la Luz moviéndose por el cosmos como un depredador voraz. La vio tocando la mente de los mortales de Azeroth; su tacto los corrompía para siempre. Vio generaciones viviendo y muriendo con cadenas invisibles, atados a una fuerza que les otorgaba momentos fugaces de paz a cambio de una obediencia incondicional.

Vio la guerra. Vio las fuerzas de la Luz contraatacando el Vacío. Vio mundos oscuros consumiéndose en fuego Sagrado. Vio a millones de criaturas encerradas en cristales luminosos del tamaño de montañas, sustentados por la Luz e incapaces de morir. Los guerreros de la Luz eran monstruos que corrompían y consumían todo cuanto tocaban.

Las visiones siguieron, hasta que ya no las comprendía.

—Mentiras —susurró—. No son más que mentiras.

—Graba eso en tu corazón —dijo el Peregrino—. Debes saberlo y no olvidarlo nunca.

—Yo no... ¿Qué...?

El Peregrino la mantuvo a flote.

—Siempre has considerado que la Sombra era algo terrible y ella ve la Luz del mismo modo. Ningún punto de vista es verdadero. Tampoco erróneo.

El rugido del Vacío casi lo ahogaba. Los maestros del Vacío arañaban su mente. Apenas pudo defenderse.

—La Luz busca un único camino y descarta los demás por falsos. La Sombra busca todos los caminos posibles y los ve como verdaderos.

Más visiones. Posibles futuros. Vio a Xe'ra, la Madre de la Luz, declarándola hereje y clamando por su muerte. Vio su sangre en la espada de Turalyon. Vio cómo Arator enviaba a un ejército de paladines contra ella y acababa muerto con sus flechas clavadas en el cuello. Se vio a sí misma arrodillándose ante el Durmiente bajo las olas de Azeroth. Se vio a sí misma matándolo y ocupando su lugar, liderando hordas de horrores para consumir todos los mundos.

Mientras nadaba en la Sombra, todas esas visiones le parecían reales. Al principio.

Poco a poco, empezó a distinguir entre los recuerdos de la Sombra, sus planes y sus *deseos*. Y entre todo ello...

El destino. Vio lo que la Luz no podía ver. Vio incluso lo que la *Sombra* no veía porque, sí, estaba igual de ciega.

Vio elecciones terribles. Vio traiciones nobles. Vio... la victoria, de un modo que apenas llegaba a comprender.

Y entre todo ello, vio innumerables acontecimientos que nunca ocurrirían. Las mentiras del Vacío eran pujantes y embriagadoras, pero se desmoronaban rápidamente.

Quizá un día se rendiría a la locura. Quizá un día traicionaría a sus aliados. Era capaz. Pero nunca, bajo ninguna circunstancia, haría daño a su hijo. Nunca le levantaría un dedo a Arator. Incluso si la mataba por aquello en lo que se había convertido, lo

aceptaría de buena gana. El peso de *esa* verdad la mantuvo a flote. Y entonces percibió la confusión de la Sombra. No comprendía los lazos entre mortales. No comprendía que ciertas cosas no se pueden corromper.

Entonces discernió otra realidad. Todo ocurría demasiado rápido. Estaba nadando en la Sombra antes de que su destino lo exigiera.

—Estás lista, Alleria. Hasta la última brizna de poder estará a tus órdenes. Sumérgete en ella. Tu mente seguirá perteneciéndote.

Sin duda, estaba *lista*. Pero aún no era el *momento*. Se había visto a sí misma saltando por un precipicio, sonriendo con calma mientras caía. Cuando llegase el momento, no habría elección ni alternativa. Aún estaba a tiempo de escapar, y su destino se lo *exigía*.

Alleria trató de comprenderlo todo. Buscó respuestas en el conocimiento del Vacío. Cuando no las encontró, buscó instintivamente en la Luz. Las dos fuerzas colisionaron en un choque cegador y doloroso, pero atisbó una realidad: Turalyon gritaba en silencio mientras le arrancaban el alma del cuerpo.

Aquello no era ni el pasado ni el futuro: estaba ocurriendo en el presente. Lo sabía.

—¡Déjame salir, déjame salir!

—No hemos terminado, Alleria. Por muy aterrador que parezca, debes...

Alleria se soltó. Todo el poder oscuro que la colmaba azotó al Peregrino que, con un rugido de sorpresa, liberó su mente.

Respirando con dificultad, apartó a la Sombra. Volvía a ser libre mientras flotaba en la oscuridad.

El Peregrino se cernió sobre ella furioso.

—Cobarde. Qué podía esperar de una mortal...

Empezó a reunir poder con la intención de contraatacar.

Alleria le ignoró. Sacó la piedra de alma que le quitó al inquisidor de Niskara. El cristal negro brillaba ahora con luz verde.

—Lo sabía. Que la Luz me ampare, sabía que era real.

El Peregrino se detuvo.

—¿Qué has visto?

—Turalyon está a punto de morir.

El etéreo agarró la piedra y la estudió detenidamente. Hurgó en ella con su poder, y rio.

—Te has buscado un enemigo muy tenaz, Brisaveloz.

No estaba segura de si se refería al asesino o a sí mismo.

—El Vacío usará tu amor contra ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Puede que Turalyon muera algún día, pero no puede morir *hoy*. Sería mi perdición.

El etéreo resplandecía.

—Recuerda lo que te dije sobre la verdad y las mentiras.

—Esta verdad no proviene del Vacío; lo está *modificando*.

Volvió a mirar la piedra de alma:

—Interesante. Puede que te aguarde un destino único, Alleria Brisaveloz. Ve con él, ya te enseñé cómo.

Le devolvió la piedra de alma.

Alleria dudó.

—No sé dónde está el *Genedar*.

—Sí que lo sabes, tienes su ubicación en tu mano.

Le costó un instante comprenderlo. Pudo ver el trabajo del eredar en la piedra porque ambas piedras estaban *vinculadas*. El asesino pretendía colgárselas alrededor del cuello.

No necesitaba saber dónde estaba el eredar porque sabía dónde estaba la otra piedra.

Miró al Peregrino.

—Entonces supongo que nuestro trato termina aquí.

—Oh... creo que volveremos a vernos —musitó.

Tendió la mano hacia la piedra de alma y puso en práctica lo que el Peregrino le había enseñado. El portal del *Genedar* se abrió al instante.

* * *

Turalyon había asumido que la Luz no podía salvarle, pero sí reconfortarle. De lo contrario, habría sufrido la agonía de ver su alma despellejada, poco a poco. Mantuvo los ojos cerrados: no quería ver cómo su propio espíritu abandonaba su cuerpo.

Aun así, el dolor era casi insoportable.

—Que la Luz brille sobre todos nosotros —trató de decir. El sonido de los hechizos del asesino invadía sus oídos y no sabía si las palabras salieron de su boca. Siguió rezando de todos modos.

—Que el mal huya ante la rectitud; que los inocentes vivan en paz. Que llegue el día en que el miedo sea innecesario. Por ese día, doy mi vida de buen grado.

Su torturador debió de oírle.

—Me pregunto cuántos años pasarán hasta que me supliques clemencia, sabiendo que no la recibirás.

Turalyon sintió una fría ráfaga de viento en su cara. No olía a nada, como si nunca hubiese tocado nada vivo.

Entonces, oyó un grito. Pensó que sería su propia voz, abandonándose por fin al dolor, pero no era él; era el asesino.

—¿Cómo? ¡¿Cómo has llegado hasta aquí?!

—Tenías razón. Estábamos destinados a volver a vernos.

Turalyon abrió los ojos. Era ella, Alleria, envuelta en oscuridad. No sintió la Luz en ella.

El asesino gritó, blandiendo una daga. El demonio saltó hacia ella, apuntando a su garganta.

Ella ni siquiera levantó la mano. Un humo negro y afilado se ensartó en el pecho del asesino. Turalyon vio la punta del humo salir por la espalda de la criatura acompañada de borbotones de sangre. El eredar cayó de rodillas con los ojos muy abiertos. Su boca se movía, pero no emitía sonido.

Alleria dio un paso adelante.

—Nuestras almas a modo de collar. ¿Es ese el destino que viste? Yo he visto otro.

Entonces, levantó las manos. Entre ellos surgió magia oscura.

El asesino, con los ojos desorbitados y resollando, desapareció sin más. La realidad se cernió sobre él y se esfumó.

Alleria se arrodilló junto a Turalyon, observando la piedra de alma que flotaba sobre su cabeza.

—No puedo arreglar esto sola.

Se giró hacia Lothraxion.

—Siento el veneno que corre por tus venas. Lo siento, esto te dolerá.

Flexionó los dedos. Lothraxion se convulsionó y gritó. Turalyon vio cómo un fétido humo verde se extendía bajo las garras del Nathrezim. Gotas de sangre y de un líquido crepitante cayeron al suelo. Le estaba arrancando el veneno del cuerpo a través de los poros.

Cuando acabó, Lothraxion pudo volver a moverse. Enseguida se levantó; su respiración era irregular.

—Alleria... ¿Qué te ha pasado...?

—Por favor, salva a Turalyon. Debo acabar con esto. Ese demonio amenazó a mi hijo.

* * *

La criatura corrió. Corrió sin parar, deslizándose entre mundos. Bailó entre el Vacío Abisal y el Vacío. Se sacó la punta de Alleria del pecho. El arma se esfumó. El eredar resollaba de dolor. Con cada paso, repetía la misma cantinela:

—Tengo que escapar. Tengo que escapar. Tengo que escapar.

El demonio había adoptado muchos nombres durante su vida. Ahora, respondía únicamente al de la tarea que le había encomendado Kil'jaeden: Erradicación. Criado desde su nacimiento para superar a sus hermanos. Moldeado durante milenios. Esculpido. Atormentado. Sus habilidades demoníacas se habían perfeccionado. Incluso los demás eredar lo temían. ¿Por qué no iban a hacerlo? Podía ocultarse entre dimensiones. Podía cambiar de apariencia. Podía localizar a aquellos cuyos destinos amenazaban a la Legión Ardiente.

Después, le habían matado. En Draenor. *Ella*.

Kil'jaeden le castigó. Y luego, le convirtió en un demonio aún más poderoso que antes. El proceso tardó varios siglos.

Y ahora, a Kil'jaeden le complacía que el eredar le matase a *él*. Y luego, le prometieron a *ella*. Le facilitó los medios para retenerlos y atormentarlos eternamente.

Pero *ella* había escapado. Y ella... ella...

Había cambiado. Conocía el uso del olvido.

Sabía provocar la muerte definitiva.

—Tengo que escapar. Tengo que escapar. Tengo que...

La materia oscura le envolvió el cuello. El demonio chilló mientras interrumpían su huida y le devolvían al *Genedar*. De regreso al Vacío Abisal.

El eredar se puso en pie en un segundo, resoplaba a través de sus dientes afilados. Sus dagas se arremolinaban en cada mano y cortaban las ataduras de Sombra. Con una risa desesperada, lanzó sus hojas envenenadas contra la mujer. Ella le había traído hasta *allí*, el único lugar donde podría *morir*...

Las hojas se detuvieron en el aire. Y ella las dejó atrás.

—¡Kil'jaeden! ¡Sálvameeee!

—¿Está observando?

Alleria caminó hacia delante, aproximándose.

—¿Eres su mascota favorita?

El demonio invocó más dagas mientras aullaba de miedo. Todas se desvanecieron antes de alcanzarla. Siguió caminando hacia él, un paso tras otro y tras otro. Otra punta se precipitó contra su hombro izquierdo.

Con el brazo derecho, siguió lanzando dagas. El eredar no sabía qué más hacer.

—Sálvame —volvió a gritar.

Otra punta. El otro brazo del demonio se quedó sin fuerzas.

—Sé lo que temes —dijo ella—. Sé lo que teme la Legión Ardiente. Sé qué empujó a tus maestros a su horrible cruzada.

El eredar podía sentir la decepción de Kil'jaeden. Había oído sus gritos... y los había ignorado.

Y ella se había plantado ante él.

El demonio cayó de rodillas. Ni siquiera podía levantar los brazos para rogar clemencia. Solo fue capaz de musitar su última súplica.

—Por favor... por favor... por favor...

Ella se arrodilló frente a él y le miró directamente a los ojos. Toda esperanza murió con sus palabras.

—Prometiste matar a mi hijo.

Su daga se incrustó con facilidad en su garganta. El demonio no hizo ni un ruido, se limitó a mirarla sin pestañear mientras su vida se extinguía.

—Este es un buen final para ti—dijo con voz queda—. Podría haberte entregado a los maestros del Vacío, pero ellos podrían haberte hecho volver. Además, yo podía *zanjar* todo esto.

Detrás de ella, al otro lado del pasillo, la observaban Turalyon y Lothraxion. El demonio vio el asombro en sus miradas. Vio miedo.

Luego, todo se difuminó. Fue un alivio.

* * *

Turalyon sufría. Le dolía todo el cuerpo, pero era más que dolor físico. La agonía invadía sus pensamientos y hasta su alma. Pero estaba vivo. La piedra de alma yacía inerte sobre el suelo; ya no era más que un trofeo. Lothraxion le ayudó a levantarse. Alleria regresaba. Se tardaba en cruzar la sala de cristales. Él observó cada uno de sus pasos, obnubilado y casi incapaz de pensar.

Se detuvo frente a él. Parecía exhausta.

—Me alegra volver a verte —dijo.

Él quería decirle lo mismo. Que la amaba y que nada cambiaría eso. Habría sido cierto, pero no encontró las palabras. Aún no. Ella pareció comprender.

—Mi destino no acaba en la Luz. Acaba en la oscuridad. Lo he sabido desde hace mucho tiempo. —Le miraba sin pestañear—. Y si no sigo ese camino, os pondré a ti, a Arator y a todo Azeroth en peligro. Créeme, por favor.

Lothraxion habló.

—He conocido la oscuridad, Alleria. He visto criaturas perdidas y tú no eres una de ellas. No has cruzado el umbral.

—Un día lo haré —dijo sin más.

El Nathrezim se burló.

—Yo hice un sinnúmero de cosas imperdonables en nombre de la Legión. Cometí un *genocidio* tras otro. No obstante, la Luz me redimió. No me rendiré contigo, Alleria Brisaveloz, no tan fácilmente.

Turalyon escudriñó su rostro. La conocía demasiado bien. Ella agradecía lo que decía Lothraxion... pero no lo creía.

—Alleria, vete. Máchate.

El dolor invadió su mirada.

—No.

—Ojalá pudieras quedarte. —Las palabras de Turalyon no albergaban ira, tan solo una verdad atroz—. Xe'ra no lo permitirá. Ella... *Debes* irte, Alleria. Mientras puedas. No sabes qué hará.

—Sé *exactamente* lo que hará. Y también lo que vendrá después.

Una presencia fuerte y terrible llenó la sala. Turalyon sintió la ira Sagrada en torno a Alleria y se acercó a ella.

—Xe'ra, por favor, ten piedad —dijo él.

—*Le advertí de lo que ocurriría si transigía con la Sombra. Y ahora, mancilla este lugar.*

Lothraxion se arrodilló ante el poder de la Madre de la Luz.

—Escúchame. Lady Alleria Brisaveloz regresó para salvarnos, aun sabiendo que no sería bienvenida aquí. Valentía, honor, generosidad... su corazón aún alberga esas virtudes.

—*Las virtudes no sirven de nada si te desvías del camino que la Luz ha elegido para ti.*

Pero a pesar de su ira, Xe'ra dudaba.

Turalyon le abrió su alma para que viera sus dudas, su angustia y su determinación:

—*Te lo ruego, Xe'ra, no le hagas daño.*

La mirada cruel de Xe'ra examinó su alma y luego se dirigió a la mujer que amaba.

—*Alleria Brisaveloz, ¿renunciarás al Vacío y jurarás obediencia a la Luz?*

Alleria habló sin miedo:

—Combatiré a la Legión Ardiente hasta que quede reducida a cenizas.

—*Responde a mi pregunta.*

—Seguimos caminos diferentes, pero no somos enemigos. Lo he visto. Me uniré al Ejército de la Luz en la batalla final contra la Legión, y juntos derrocaremos a los demonios.

—No, Alleria, no lo harás. Te quedarás aquí, prisionera, hasta que regreses al camino de la rectitud. No permitiré que echas a perder lo que he vaticinado.

—Haz lo que debas.

Alleria no se opuso, ni siquiera cuando los miembros del Ejército de la Luz la encarcelaron en otra zona del *Genedar*. Turalyon la vio marchar. Ella le devolvió la mirada con una sonrisa reconfortante.

Lothraxion esperó allí con él.

—Volverá, no pierdas la fe.

—Aún confío en la causa de la Luz, pero... también en Alleria: más que nunca. —Miró a Lothraxion—. ¿Me conviertes eso en un necio?

—Si es así, ambos lo somos, hermano.

Turalyon se sentó mientras los sanadores atendían sus heridas. Apenas se percataba de su presencia. La cabeza le echaba chispas. Su destino permanecía oculto, no sabía lo que ocurriría.

Pero existía un refugio ante aquella tempestad. Un foco de calma.

Pasara lo que pasase, siempre confiaría en ella. Siempre lucharía por ella y ella haría lo mismo por él: estaba seguro.

Eso le otorgaba paz.